

## Los ojos de mi madre

Ojos buenos y dulces que en mi senda  
sois dos faros de luces bienhechoras,  
y bajo el toldo de mi humilde tienda  
de mi vivir ilumináis las horas.

Ojos que en su mirar fingen auroras  
en cuya luz mi porvenir se incendia,  
y en las grandes pupilas soñadoras  
tenéis fulgor para alumbrar mi senda.

Miradme para siempre con ternura,  
ojos que sois asilo de bonanza  
en medio del dolor y la amargura ;

Ojos llenos de lánguida tristeza  
que parecéis el sol de la Esperanza  
cuando el dolor a germinar empieza.

LUIS J. SANMIGUEL

---

## NOVA ET VETERA

Con este rubro encabeza la ya ilustre REVISTA DEL ROSARIO el doctor don Rafael María Carrasquilla, rector del colegio del mismo nombre y *alma mater* de tan importante publicación, como si quisiera dar al público, condensada en tan breve fórmula, la tendencia y carácter de la mentada REVISTA.

Mas si cuadra con ésta admirablemente y en su clásico laconismo expone todo un programa, más que nunca y con el mismo fin podríamos aplicarla nosotros al *Nuevo libro de Metafísica y Ética* que no há mucho salió de las prensas de *La Luz*, de la capital, y cuyo autor es el doctor Carrasquilla.

Salta a la vista que las cuestiones que tan magistralmente trata en su libro el ilustre maestro, no son nuevas, ni tal cosa se promete el autor ; el origen y fecha

de estas teorías cuentan en su favor con el polvo de los siglos y la sugestiva pátina del tiempo: mas esa misma venerable antigüedad y su marcha constante al través de las edades responden del sólido asiento que las sustenta y la fuerza irresistible con que avasallan y arrastran las inteligencias.

Empero, si estas cuestiones son antiguas, y tan antiguas como que tienen por objeto la verdad, eterna e inmutable, la forma en que nos las da el filósofo bogotano, el método que sigue, el lenguaje que emplea, la crítica científica que informa la obra, *aquello* que nos permite penetrar su pensamiento y llegar hasta el conocimiento y la evidencia de la verdad, es nuevo, y tan nuevo como que es cualidad personal y exclusiva del doctor Carrasquilla, hábil como ninguno en estas materias.

Intentar novedades filosóficas en nuestro siglo es casi un delirio después del avance gigantesco y definitivo de las últimas centurias, y cuanto se ha intentado ha sido un mero ensayo a lo más, pues a la postre los novadores han venido a parar en doctrinas más o menos erróneas, pero anteriores con muchos siglos a las mismas doctrinas escolásticas. Mas revestir aquellas disciplinas científicas con nuevas formas y acomodarlas a las necesidades peculiares de las varias épocas—lo único posible hoy día,—si bien lo han intentado muchos, sólo lo han realizado satisfactoriamente unos pocos talentos superiores. Y ésta ha sido, a nuestro entender, la labor del cristiano filósofo, autor del nuevo libro de *Metafísica y Ética*.

Esta obra, sin duda alguna, está llamada a ocupar puesto de honor, no sólo en las letras y cultura hispanoamericanas; su influencia nos parece más trascendental aún, y barruntamos que su aparición ha de abrir nuevos rumbos al pensamiento filosófico del siglo, encalzando las doctrinas científicas y orientando por nuevos derroteros las modernas teorías.

La importancia de las cuestiones brillantemente dilucidadas en este libro, la sabiduría que entrañan, el dominio que revela el autor del pensamiento filosófico a través de los siglos, el método analítico-sintético que lo informa, la precisión y exactitud técnicas que lo enriquecen en gran manera, a más de la hermosa y galana forma en que nos presenta un cuerpo casi completo de doctrina, son cuestiones que dejamos al estudio de plumas más autorizadas, limitándonos nosotros, humildes pero sinceros admiradores del maestro, a dar a conocer, siquiera sea imperfectamente, a este modesto sabio cristiano, admirado dentro y fuera del país como tal, pero quizás no bien conocidos desde ciertos puntos de vista íntimos y familiares, y que, no obstante, juzgamos que pueden contribuir a la mejor inteligencia de su obra y tal vez de otras muchas.

Varias son las cualidades que por querer del cielo adornan al ilustre maestro; pero prescindiendo de sus dotes artísticas, literarias y científicas, de todas admiradas y conocidas, llamamos la atención del lector a la sencillez y claridad que lo distinguen, claridad y sencillez tales que ellas le son connaturales, si vale la frase, y tanto que no podrían prescindir de ellas, así traté las cuestiones más abstrusas y los más altos y encumbrados problemas religiosos, políticos, sociales o científicos, como los más triviales asuntos de la vida común y cotidiana, pero sin perder por ello su grave dignidad ni menos aún sin llegar jamás a los límites de lo vulgar.

Y en efecto: más que académico, polemista, orador, escritor público, político y qué sé yo qué más, como lo cuenta la bien merecida fama de que goza, es, ante todo, maestro en el amplio sentido de la palabra, es decir, *enseñador*, vulgarizador de la ciencia, propagandista incansable de la verdad y del bien.

En el doctor Carrasquilla *saber y enseñar* son dos actos que casi no tienen solución de continuidad; pues no bien una verdad o una nueva manifestación de ésta bulle en su entendimiento, cuando va por un instinto

natural—casi inconsciente, diríamos—la comunica, la enseña, la transmite a los demás.

Enseña tan natural y fácilmente como cantan las aves o murmuran los arroyuelos, y de ahí que sus discípulos se cuenten por centenares; pues a más de las varias generaciones de jóvenes que han oído en las aulas sus sapientísimas lecciones, tiene numerosos discípulos también entre los mismos maestros—en otros ramos del saber humano—y los meros oyentes, ya que su vida toda, inclusive la íntima y familiar, es una continua enseñanza, una lección nunca interrumpida.

Predica, y la enseñanza se desprende fácil y naturalmente de sus admirables sermones; escribe, y la verdad penetra en la mente de cuantos lo leen; conversa, y sin saberlo casi, la ciencia, la verdad, su propio pensamiento van infiltrándose lenta pero hondamente en la inteligencia de sus oyentes, pues a la claridad y sencillez de sus pláticas se une la magia arrebatadora de su exquisita y variada conversación, que hacen del maestro, no sólo un hábil profesor, sino también un delicioso *causeur*.

En el templo y en la academia; en público y en privado; en las aulas y en los salones, siempre y dondequiera es el mismo maestro sabio, sencillo y claro, que al enseñar una verdad, plantear un problema o exponer una teoría, trata las cuestiones con tal orden y naturalidad que, por abstrusas que sean, pierden su agresiva dificultad, se tornan luminosas, se hacen de bulto—por decirlo así,—iluminan el entendimiento con la luz<sup>3</sup> de la evidencia, y terminan por arrancar el sentimiento de la voluntad con el imperativo categórico de la certeza absoluta.

Posee de tal modo el dón de la enseñanza; es de tal modo maestro, que nada diríamos afirmando meramente que transmite a otros la verdad, pues hace mucho más: forma verdaderos discípulos a quienes transmite—sin violencia ni despojo del propio yo—su espíritu y

su pensamiento, en la medida de la capacidad individual de cada uno de éstos.

Por eso, a nuestro humilde juicio, el libro y la cátedra, la poesía honda y sentida o el cuento festivo y familiar, las aulas y los salones son para él, sin prescindir por ello de su objeto propio, meros vehículos, más o menos aptos, de su poderosa inteligencia y su activa y enérgica voluntad.

El escenario de este maestro no está circunscrito a las meras aulas universitarias: la sociedad de su siglo es su verdadera cátedra, y sus discípulos, no sólo los que se sientan en los bancos del Colegio del Rosario y del Seminario Conciliar, sino los que leen provechosamente sus obras, escuchan sus incomparables sermones y discursos, o gozan en el favor de su ingenua y generosa amistad, de su amena y exquisita conversación.

A nosotros—a decir verdad—no nos sorprendió la aparición de este libro, si hacemos caso omiso de la sorpresa que sí nos causó el considerar cómo y cuándo, entre sus graves y variadas ocupaciones, pudo compulsar tantas y tan diversas citas, y dar la última mano a esta obra de toda su vida, pues lo vimos elaborar lenta pero sabiamente, cuando, sentados en los bancos de las inolvidables aulas rosaristas, pendientes de sus labios, le escuchámos exponer por vez primera para nosotros estas sanas doctrinas que, coleccionadas y reunidas hoy en un admirable cuerpo de doctrina, aparecen al público como una enseñanza perenne que ha de eternizar el nombre, famoso ya, de su autor.

Elias son, y habrán de ser andando los años, huella luminosa de su vasta inteligencia; voz muda pero elocuente que, como un eco fiel, como una dilatación de su poderosa voluntad, al través del tiempo repetirá de una en otra generación sus sabias enseñanzas, eternizando juntamente su nombre y su noble anhelo: enseñar, siempre enseñar.

No há muchos años, luégo de dejar los claustros benditos del señor Torres, cuando Dios misericordioso

quiso llamarnos gratuitamente a más alto ministerio, aleccionados ya por el maestro y robustecido nuestro espíritu por el estudio y la reflexión, le escuchámos nuevamente, no ya en la cátedra de filosofía, de estética y de didáctica, sino en las aulas del Seminario, enseñando las más trascendentales verdades que le sea dado conocer al hombre y los más complicados problemas de la teología moral.

Y ogaño, lo mismo que antaño, lo vimos sencillo y modesto exponer, con deslumbradora claridad y rara sencillez, los más complejos problemas y solucionar las más graves cuestiones de honda casuística; porque si es filósofo ilustre, es teólogo eminente y moralista de nota.

Seguro, discreto y prudente, trata las más difíciles cuestiones y analiza las más complicadas teorías; y apoyado firmemente en la *Autoridad Divina*, y posponiendo la *razón* a la *fe*—como lo pide la ciencia de Dios,—avanza por el camino ancho y la senda espaciosa de la verdad, llevando en esta excelsa peregrinación por maestra a la fe y por esclava auxiliar a la razón que unce aquí al carro alado de la *Divina Palabra*, de modo diametralmente opuesto a como procede al tratar cuestiones puramente humanas o de mera razón, en la cátedra de filosofía.

¡Cambio admirable, que sorprende y cautiva, pero que no es raro y aun aparece natural en el maestro!... Ante la autoridad humana y tratándose de argumentos meramente filosóficos o de simple razón, no acepta ni cede sino ante los dictados de la verdad. El maestro es allí guía, nó oráculo. Empero, ante la evidencia de las divinas enseñanzas, que no pocas veces humillan y confunden nuestra soberbia y vana inteligencia, se empuñe como un niño y acepta sin restricción la verdad, que si no aprende en su totalidad, la barrunta a lo menos a través de los *motivos de credibilidad*; el maestro es allí entonces, nó guía, sino oráculo infalible. En el primer caso piensa y obra como filósofo; en el se-

gundo, obra y piensa como cristiano; en el un caso habla el maestro y el hombre; en el otro, enseña el teólogo y el sacerdote católico.

Y este cambio, violento y forzado, para quienes sólo ven las cosas humanas y no barruntan nada más allá de los datos suministrados por la experiencia, no ofrece dificultad alguna al maestro, pues él sabe que la verdad percibida por la fe tiene más fuerza avasalladora que la que alcanza la mera razón, aunque las más de las veces venga a nosotros encubierta bajo el velo espeso del misterio, ya que la primera se apoya en la palabra de Dios infalible, y la segunda, en las fuerzas fallibles del humano entendimiento.

Y con todo, aunque su vasta ciencia teológica y su profundo conocimiento de las ciencias morales, acreedoras al diploma pontificio, bien pudieran autorizarlo a mayores empresas, su cristiana inteligencia echa siempre por el camino trillado por “donde han ido los pocos sabios que en el mundo han sido,” que dijo el poeta agustiniano, sin que tuerza jamás a derecha ni a izquierda, sino antes bien, guardando siempre el justo medio, tan preconizado en la escuela: *IN MEDIO VIRTUS*. Y no obstante, sus opiniones personales, la poderosa visión intuitiva de su inteligencia, tienen inmenso valor y raro acierto, ya que más de una vez hemos visto solucionarse del modo indicado por el maestro, con no escasa anticipación, no pocos problemas morales, apuntados ya por él en las sapientísimas conferencias que dicta a los jóvenes que cursan teología en el seminario de Bogotá (1).

(1) Para no citar más, apuntaremos no pocas doctrinas condenadas por la Santa Sede, ya rechazadas por él como asaz peligrosas, la aparición del modernismo, descubierto por él aquí mucho antes de su aparición oficial, y la substancia del famoso decreto pontificio *No temere*, que modifica, a lo menos en parte, la doctrina del Concilio de Trento sobre el impedimento de clandestinidad, y que previó un año antes de su aparición en Roma.

Este breve bosquejo nos parece bastante a demostrar lo que nos proponíamos, y es que la cualidad saliente del doctor Carrasquilla es la claridad y sencillez de sus enseñanzas, enseñanzas que no se limitan a las aulas, pues repetimos que quizás hemos aprendido más de él, y lo mismo dirán sus numerosos discípulos, en las inolvidables conversaciones familiares y en el trato íntimo, que en las mismas conferencias universitarias.

Nos parece, pues, superfluo decir que es el maestro por excelencia entre los actuales educadores de la juventud colombiana, pues sus obras lo ponen de manifiesto y lo pregonan con la elocuencia avasalladora de los hechos.

Siendo esto así, el libro que anunciamos al público se explica fácilmente, y sus cualidades habrán de aparecer de modo más saliente. Mas, por lo mismo, quien pretenda encontrar en sus doctrinas filosóficas, novedades fundadas más en la obscuridad y atrevimiento del pensamiento que en la claridad del método y la exactitud científica de la expresión, va muy descaminado y acusa ningún conocimiento del autor citado, pues su alma, netamente latina, y su clarovidencia de la verdad, reñida con toda obscuridad y anfibología, no han menester de adornos postizos ni de vano aparato científico.

No será éste uno de aquellos librotos con que la ciencia de relumbrón fascina a inteligencias débiles o mal adoctrinadas con el señuelo de teorías raras y modernistas, sino un tratado rigurosamente didáctico y hondamente científico para sacar fuera las doctrinas tomistas, si bien destinado a producir hondas revoluciones filosóficas, si nó de un golpe y ruidosamente, a lo menos lenta pero definitivamente.

No tenemos por aventurado el decir que la América latina, la madre España y aun los centros científicos de ajenas razas recibirán con respetuosa admiración la obra del filósofo bogotano, llamada a desempeñar una nobilísima misión en este siglo del positivismo y la experimentación; pero en todo caso, el libro del doctor

Carrasquilla llena un vacío, satisface un anhelo general y realiza de modo admirable el noble deseo del maestro: enseñar, siempre enseñar.

Colombia y la juventud colombiana están de plácemes, ya que para su patria y sus discípulos va encaminada principalmente esta obra suya.

¡Qué satisfacción tan grande para el maestro haber contribuido de modo tan grandioso a la elevación moral y científica de su patria, conquistando no sólo el aplauso de los buenos, la admiración de sus contemporáneos y aun la fama perecedera de este mundo, sino lo que vale más: el premio que reserva Dios a los maestros cristianos, ya que de ellos ha dicho el Espíritu Santo: *Qui autem docti fuerint, fulgebunt quasi splendor firmamenti; et qui ad justitiam erudium multos, quasi stellae in perpetuas eternitates!* “Mas los que hubieren sido sabios brillarán como la luz del firmamento, y los que enseñan a muchos para la justicia, como estrellas por toda la eternidad.” (Daniel, capítulo XII, versículo 3).

JORGE ARTURO DELGADO

Pasto, junio 21 de 1914.

## DISCURSO

DEL SEÑOR DON HERNANDO HOLGUÍN Y CARO

representante del Gobierno de Colombia en el Congreso de Lourdes, pronunciado ante la asamblea española e hispanoamericana el 26 de julio de 1914

Eminentísimo señor (1):

Ilustrísimos señores:

Después de haber resonado la palabra divina debe callar la palabra humana. Mas ya que V. E. desea benévola que el representante del Gobierno de Colombia junte su voz a las muy sabias y elocuentes que

(1) El Cardenal Arzobispo de Sevilla.